



parte, había dado el carácter de un hecho consumado al advenimiento del joven príncipe.

Le había hecho reconocer por las tropas que habían permanecido cerca de su persona, había querido que durante todo el viage la palabra de orden fuese dada por Enrique; y dos realistas revestidos de su confianza, habían sido encargados de notificar á los embajadores de las grandes potencias las actas de Rambouillet.

En el día 10, la familia real supo en Argentan, el advenimiento del 9 de agosto. La duquesa de Berry no pronunció más que estas dos palabras: «Mi Dios, mi Dios!»

El diez durmieron en Condé-Sur-Noireau, y el once en Vire (1). Las poblaciones principiaban á malearse. La Normandía había sido recientemente desolada por los incendios: la malevolencia los había atribuido al gobierno, y en aquellos tiempos de pasiones políticas esta opinión había sido acogida. Hay circunstancias en que, para que una cosa se crea, basta que sea increíble: entonces el absurdo es un poder.

El 12, la familia real encontró en Saint-Ló al conde de Borbon Russet, y el príncipe de Leou, que, en unión con el conde de Estourmel, prefecto del departamento, cuya conducta fué tan enérgica y tan elevada, venían á ofrecerla un doloroso homenaje. No fué éste el sólo ejemplo de honrosa fidelidad de

(1) En Vire Carlos X durmió en casa de M. Roger, uno de los mas ricos propietarios de la ciudad, á quien conmovió hasta el fondo de su corazón el honor que su desgraciado rey tenía á bien hacerle. Despues de la partida de la familia real, hizo grabar en letras de oro sobre la puerta de la habitacion que había ocupado el rey: «S. M. Carlos X, ha pasado aquí la noche del 11 de agosto de 1830.»

parte de los hombres de corte, mas sin embargo, estos ejemplos fueron raros. Mas de un castillo quedó desierto ó se cerró al paso de estos grandes infortunios que iban á tomar posesion de su destierro. El temor es inhospitalario. Los cortesanos de las Tuileries no se encontraron en gran número en el camino de Cherbourg.

Durante este viage, el rey Carlos X estaba silencioso y melancólico: madama la Delfina pensativa y resignada. Sin embargo, se acordó que había hecho este mismo viage de Cherbourg el año anterior con otro aparato y en otras circunstancias, y se le oyó esclamar muchas veces: «Dios mío! que diferencia!» La duquesa de Berry no podía mirar á sus hijos sin llorar; pero aquellas lágrimas no eran las del abatimiento ó la desesperacion: lamentaba, si, una ocasion perdida; y la resolucion de buscarla de nuevo germinaba ya en su pensamiento.

Faltaba en Maintenon un doloroso espectáculo, que fué el ver á los antiguos soldados de la guardia, de los cuales la mayor parte no podian contener sus lágrimas, despedirse del rey, de los príncipes, y del joven Enrique, que había sido tan frecuentemente el testigo y compañero de sus juegos militares. Valognes vió renovarse estas lamentables escenas. Allí fué donde el rey se separó de sus guardias de Corps, y del resto de su escolta. Las lágrimas rebosaban en todos los ojos. Carlos X, con una voz mezclada de sollozos dió las gracias alternativamente á cada compañía. «Soldados, yo recibo vuestros estandartes sin mancha; les dijo. Espero que llegará un dia en que mi nieto os los vuelva del mismo modo. Os doy gracias por vuestra fidelidad y vuestra adhesion, y jamás olvidaré las pruebas de afecto que me habeis dado.»

Esto prueba que en el pensamiento del rey era á Enrique á quien pertenecía volver los estandartes al ejército, si habia una vuelta de fortuna en favor de su dinastía. El rey no hablaba ni de sí mismo ni del Delfín su hijo.

El venerable monarca hizo entregar en seguida á cada guardia en particular la siguiente orden del día:

El rey, al dejar el suelo francés, querria poder dar á cada uno de sus guardias de Corps, y de los señores oficiales, y soldados que le han acompañado hasta su embarque, una prueba del afecto de su soberano; pero las circunstancias que afligen al rey, no le dejan ni aun la posibilidad de escuchar el voto de su corazón. Privado de medios para reconocer una fidelidad tan interesante, S. M. se ha hecho entregar las listas de sus guardias de Corps, como tambien el estado de los señores oficiales generales y particulares, no ménos que de los sargentos y soldados que le han seguido. Sus nombres conservados por M. el duque de Burdeos, quedarán guardados en los archivos de la familia real, para atestiguar en todo tiempo las desgracias del rey, y el consuelo que ha encontrado en una adhesion tan desinteresada. Valognes 15 de agosto de 1830. «Carlos.»

Al dia siguiente, el rey con toda su familia se embarcó en Cherbourg, en un navío americano. Largo tiempo se pudo ver desde la ribera una mujer de pié entre dos niños, sobre cubierta. Era la duquesa de Berry, que, entre su hijo y su hija, saludaba á la Francia con la última mirada.

De este modo se completaba la revolucion. La situacion cuyo fatal desarrollo habia favorecido M. Decazes, llegaba á su término. Las desconfianzas introducidas entre la corona y el pueblo, concluian por

un rompimiento. Este acontecimiento, que el nacimiento de Enrique Dieu-donné habia suspendido durante diez años, se realizaba en fin, y la duquesa de Berry impedida por funestos obstáculos de aprovechar la popularidad que debia al papel que habia ejecutado en la sociedad, independiente de la política, se encontraba envuelta con su hijo en este destierro!

Sin duda se habian cometido muchas faltas, se habian olvidado muchas precauciones, en medio de circunstancias tan graves y tan difíciles. Una fatalidad inesplicable parecia haber dominado todos los acontecimientos, y paralizado todos los esfuerzos. Por tres veces se habia presentado la ocasion de tratar con ventaja, y ninguna se aprovechó. El 29 de julio se habia podido tratar en París, no mandando á las tropas evacuar la ciudad. El 30 se podia tratar en Saint-Cloud, permaneciendo allí. En los primeros dias de agosto se pudo tratar en Rambouillet despues de haber dispersado la horda popular que venia á ofrecer al ejército una revancha. Por desgracia se olvidaron todos los principios de la política, y se retrocedió negociando. Ya lo hemos dicho; cada paso que se daba alejándose de París, era alejarse del trono; y cada dia se daba un paso mas: de París á Saint-Cloud; de Saint-Cloud á Rambouillet, y de Rambouillet á Cherbourg; tal fué el itinerario de la autoridad real hácia su tumba.

Es necesario confesar tambien, para ser ingenuos hasta el extremo, que este fatal concurso de circunstancias desgraciadas, y de faltas de toda especie, no se encuentra ordinariamente sino con respeto á un poder, cuya fuerza moral está gravemente comprometida, y contra el cual sopla el viento, como decia un hombre de estado de la restauracion.

Añadid á esto que las cosas llegaban á tal punto, que acaso era necesaria una gran prueba para disipar muchas ilusiones, y dejar á las pasiones conmovidas tiempo de calmarse. En la embriaguéz de la victoria, se hubieran impuesto á la dignidad real condiciones que la habrían envilecido, no haciendo acaso más que retardar su ruina. Mas valia aun que conservase su última esperanza, que jugarla en un momento en que todo estaba contra ella, los hombres como los acontecimientos.

El navio que conducia á la familia real habia dado la vela hácia Inglaterra. La primera mansion de los Borbones sobre el suelo del destierro, fué Lullwoorth. Este castillo situado en el Dorsetshire, les habia sido ofrecido por la familia Católica y Jacobita de Weld, que habia conservado en su corazon la religion de los tronos caidos, y aquel culto de fidelidad que sobrevive al poder. El propietario actual de aquella antigua morada, el baronnet Sir José Weld, recibió con una respetuosa cortesía a sus ilustres huéspedes. La divisa de aquella familia inscrita por todas partes en su castillo, parecia presentar á los que acababan de entrar en él, un consuelo y una esperanza á la vez. *Nihil sine numine*, «nada sucede sin la voluntad de la providencia» tal era esta divisa herencia de siglos, y que parecia haber sido compuesta la víspera.

El rey Carlos X habia tomado en Lullwoorth el título de duque de Milan; la duquesa de Berry llevaba el de condesa de Rosny; este era un recuerdo de Francia. Apenas fué habitado por la familia real, Lullwoorth se hizo el objeto de piadosos peregrinajes. Los cortesanos de la desgracia, menos numerosos que los de las Tullerías, venian á saludar en el destierro á los nietos de Enrique IV. Allí se llevaba

la cabeza menos inclinada que en palacio; mas tambien se llevaba mas elevado el corazon.

Mas de uno de aquellos viajeros, que habia pasado por Dieppe, referia á *Madama* que sus comerciantes no habian borrado aun los escudos de sus armas, y que la ciudad estaba llena de recuerdos suyos. Los marineros del puerto que tan frecuentemente la habian conducido por mar, habian querido que se recordasen sus nombres á S. A. R. Ellos sabian que tenia buena memoria, y pensaban que sus fieles Dieppeses debian tener siempre un lugar en su corazon.

La familia real se conmovia profundamente con estos testimonios de afecto. Cada vez que llegaba alguno del continente, los desterrados hablaban de sus buenos amigos de Francia. Se citaban con regocijo los nombres de aquellos cuya valerosa fidelidad arrostraba todas las persecuciones. M. de Conny, cuya alta é intrépida palabra se habia levantado para recordar á la cámara la dignidad real ausente en el momento en que la cámara iba á proclamar otra nueva; M. de Kergorlay, aquella conciencia de una austera pureza, citado á comparecer ante la cámara de los Pares, con motivo de la carta en que reusaba prestar el juramento. Despues oyendo pronunciar el nombre de M. de Latour Maubourg con los elogios que merecia, la duquesa de Berry exclamó con entusiasmo: «Ah bien sabia que se conduciria asi; yo por mi parte le estimo desde 1816.»

Con respecto á los que habian engañado la esperanza que se tenia en su fidelidad, se hablaba de ellos con tristeza pero sin resentimiento. *Madama* la Delfina, siempre llena de resignacion, referia que en medio de los peligros y obstáculos que habia arrosado en el camino de Dijon á Rambouillet, el único episodio consolador de su viage, habia sido el en-

cuentro del duque de Chartres, que la había ofrecido sus servicios y los de su regimiento, con tan vivo entusiasmo, que tenía todos los caracteres de la sinceridad.

En medio de todas estas penas penetraban de tiempo en tiempo algunas esperanzas. Las cartas de la Vendée presentaban el país como preparado á todo acontecimiento.

Sin embargo, el nuevo orden de cosas había sido reconocido por la Inglaterra, y M. de Talleyrand, cuya estrella aparece en el horizonte siempre que un gobierno cae y otro se levanta, había aceptado la misión de representar en Londres la monarquía del 9 de agosto que todas las potencias iban reconociendo poco á poco. Su policía sábiamente organizada, llevaba sus reconocimientos hasta las puertas de Lullwoorth. Algunas proposiciones indignas de la inalterable constancia que la casa de Borbon conservaba siempre en la desgracia, fueron rechazadas como merecian serlo.

Al paso que *Madama* no cesaba de amar á la Francia sobre el suelo del destierro, las calumnias perseguían en ella su nombre. Se esparcía el rumor de que dejaba deudas inmensas: había sido tan generosa, que sus enemigos esperaban persuadir fácilmente que había sido pródiga. Para desmentir estos rumores, el contralor de su casa publicó la carta siguiente.

Muchos periódicos han anunciado que la galería de pinturas de S. A. R. la duquesa de Berry iba á ser puesta en venta; esta asercion es inexacta. Las deudas de S. A. R. que esos mismos papeles hacen subir á diez millones, no ascienden á la duodécima parte de esta suma. *Madama* pagaba cada mes los gastos de su casa, escepto los que se pagaban por cua-

trimestres. El mueblage de S. A. R., diamantes, joyas, guarda-ropa y biblioteca, que va á venderse, bastará para pagar las deudas. En cuanto á los cuadros de la galería, han sido trasladados á Rosny, propiedad que se reserva *Madama*. Todo el mundo sabe el orden que reinaba en la casa de S. A. R., y he aquí la prueba: las reservas para las pensiones ejercidas sobre los empleados eran dobladas por *Madama*: esta suma así aumentada, acaba de restituirse á cada uno, habiendo recibido además individualmente un mes de sueldo por vía de gratificación. Los que saben el bien que hacía S. A. R., el impulso que daba á los artistas, la proteccion que concedía á la industria, se sorprenderán al saber que todo esto se hacia con una dotacion de ciento veinte y cinco mil francos al mes; así, puede decirse sin faltar á la verdad, que los sentimientos mas vivos de todas las clases de la sociedad, han seguido á *Madama* en el destierro.

El rey Carlos X renovó su abdicacion en el castillo de Lullwoorth, haciendo á las actas de Rambouillet modificaciones importantes, que daban en lo relativo á este monarca y al Delfin su hijo, una nueva autoridad al fondo del documento en si mismo: citámosle en seguida, con su fecha en Lullwoorth, sin reflexiones ni comentarios. Este pertenece á la historia, y bajo este concepto la historia debe conservarle, reservando á la posteridad el cuidado de juzgar su contenido. Por otra parte, es necesario tambien el conocimiento de este documento para la inteligencia de lo que va á seguir. La conducta de la duquesa de Berry dejaría de ser comprensible, si la abdicacion y la renuncia firmadas en Rambouillet no hubiesen sido ratificadas sobre tierra estrangera. Para que ella pudiese venir, no decidimos legal, sino lógicamente, á proponer á la Vendée sublevarse en

nombre de Enrique V, era necesario que Carlos X y Luis Antonio reconociesen que la firma que habian estampado al pie de las actas de Rambouillet, los empeñaba de una manera no condicional, sino absoluta, y que conservaba su valor relativamente á ellos á pesar del advenimiento del 9 de agosto. Asi este documento es, como hemos dicho, no solamente de un curioso interés histórico, sino de indispensable necesidad para la inteligencia sucesiva de esta narracion.

He aquí su tenor (1).

«Nos, Carlos décimo de este nombre, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra.

«Las desgracias que acaban de sufrirse en Francia y el deseo de evitar otras mayores, nos han determinado el 2 del presente mes, en nuestro palacio de Rambouillet, á abdicar la corona, y al mismo tiempo han decidido á nuestro muy amado hijo á renunciar sus derechos en favor de nuestro nieto el duque de Burdeos.»

«Por una disposicion semejante, fechada la víspera en el mismo lugar, y recordada en la segunda acta, hemos nombrado Lugar-teniente general del reyno, provisionalmente, á un príncipe de nuestra sangre, que, despues, ha aceptado de manos de la rebelion el título usurpado de *rey de los franceses.*»

«En vista de tal acaecimiento, no podriamos apresurarnos demasiado á llenar los deberes que nos imponen á la vez los intereses de la Francia, el de-

(1) Para quitar de antemano todo pretesto á la mala fé, reproducimos este documento histórico, tal como el general Dermoucourt le ha publicado en su obra sobre la Vendée, aunque el texto haya sufrido en ello algunas alteraciones que en suma nada cambian el sentido del acta.

pósito sagrado que nos ha sido transmitido por nuestros predecesores, y nuestra firme confianza en la justicia divina.

«Por tanto

«Protestamos en nuestro nombre y en el de nuestros sucesores, contra toda usurpacion de los derechos de nuestra familia á la corona de Francia.

«Revocamos, y declaramos nula, y como no dada, la disposicion arriba mencionada, por la cual habiamos confiado al duque de Orleans la tenencia general del reino.»

«Nos reservamos proveer á la regencia cuando sea necesario, hasta la mayoría de nuestro nieto Enrique V, llamado al trono á consecuencia del acta dada en Rambouillet á 2 del presente mes, cuya mayoría, fijada por los estatutos de la corona y los usos del reino, al principio de su año decimocuarto, tendrá lugar el dia 30 del mes de setiembre de 1839.»

«En el caso de que antes de la mayoría del rey Enrique V, tuviese á bien la Providencia disponer de nós, su madre, nuestra muy amada hija la Duquesa de Berry, sería por derecho regenta del reino.»

«La presente declaracion se hará pública, y se comunicará á quien corresponda cuando las circunstancias lo requieran.»

«Fecho en Lullwoorth el dia veinte y cuatro del mes de agosto del año de gracia 1830, de nuestro reinado el sexto.» = Firmado, «Carlos.»

Se vé por esto, que el rey Carlos quedaba de acuerdo consigo mismo. Estaba admitido por la familia real, que el acta de Rambouillet habia conservado todo su valor con respecto á la rama primogénita, y esta acta encontraba una nueva confirmacion en la fechada en Lullwoorth, que fué notificada á diferentes gabinetes.

Poco tiempo despues, el rey de Inglaterra hizo ofrecer á los Borbones desterrados el castillo de Holy Rood para su residencia. Toda la familia real se encontraba estrecha en Lullwoorth, y además temia abusar de la noble hospitalidad de los señores Weld. Resolvióse, pues, que irian á establecerse en el castillo de Holy Rood, que ya Carlos X habia habitado cuando la primera revolucion.

Holy Rood es un vasto palacio, situado en uno de los extremos de la antigua ciudad de Edimburgo: una plaza le separa del triste y populoso arrabal de Canongata. Por todos lados está rodeado de montañas: la que se elevaba á su izquierda está coronada de edificios pintorescos, y rodeada de un semicírculo de casas nuevas y blancas, que forman como recién venidas, un respetuoso acompañamiento en torno del real palacio de Edimburgo. Una de estas casas fué ocupada por madama la Delfina, y otra se dispuso para la duquesa de Berry. Cuatro torres paralelas elevándose igualmente, dan á la fachada del palacio un aspecto imponente y magestuoso: las armas de los reyes de Escocia, antigua é ilustre decoracion, coronan la puerta principal. La fachada opuesta, á cuyo extremo se encuentran las ruinas de la capilla, es enteramente moderna: esta parte del palacio fué la que habitaron Carlos X y Enrique Dieu-donné. *Mademoiselle* ocupó las habitaciones situadas á la derecha de la puerta principal.

Vivo y sincero fué el sentimiento de tristeza que esperimentó la duquesa de Berry al separarse de sus hijos. Holy Rood estaba demasiado distante y escéntrico para que *Madama* pudiese seguir á él á la familia real. Ella tenia sobre muchos puntos de la Francia, correspondencias políticas muy activas, y debia mantenerse al alcance de recibir las noticias de sus

amigos. Preparábase ya á la difícil y arriesgada empresa que acometió mas adelante; era pues necesario que estuviese á poca distancia del foco de la accion y del movimiento. Si se alejaba de sus hijos, pensaba que era por servirlos. Fueron necesarias estas graves consideraciones para decidirla á dejar su familia; los hijos de Enrique y de *Mademoiselle*, la duquesa de Berry estaba en un doble destierro.

Si esta separacion fué sensible y dolorosa, el viage de Edimburgo fué para Enrique Dieu-donné la ocasion de una palabra sencilla é interesante; que llegó al corazon de *Madama*, porque correspondia á sus sentimientos y á su modo de pensar. *Mademoiselle* debia hacer el viage por tierra, y su hermano iba á embarcarse. «Vos vais por mar, y nada vereis, dijo la jóven princesa. Yo, que hago el viage por tierra seré mas feliz que vos.»

Enrique Dieu-donné respondió:

«Yo prefiero mi viage al vuestro, porque á lo menos veré la Francia!»

En aquella época fué cuando la duquesa de Berry supo la muerte de su padre el rey de Nápoles: su salud estaba ya vacilante cuando visitó á los Borbones de Francia, y es permitido creer que los sucesos de julio y agosto apresuraron su fin. Esta pérdida afligió vivamente á *Madama*: todas las desgracias parecian agobiarla á un tiempo, y la gran catástrofe política que habia conducido á su hijo á Holy Rood, estaba coronada por un luto de familia.

Entretanto, todo se preparaba para la empresa que *Madama* iba á intentar. Por una parte M. de Blacas habia partido para recorrer la Europa, y prevenir á los diversos gabinetes de los países que *Madama* debia atravesar: por otra M. de Montbel habia sido encargado de negociar en la corte de Austria

la admision de la casa de Borbon en los estados del emperador. Se daba por motivo ostensible el clima de Inglaterra, poco conveniente á la salud de los ilustres desterrados; pero el verdadero era la razon política que, no permitia á la familia real dejar á Enrique Dieu-donné, como en rehenes, en un pais cuya union con el gabinete de las Tullerías era tan estrecha, y esto en el momento en que *Madama* se preparaba á tentar la fortuna contra el trono del 9 de agosto.

Antes de partir, la princesa quiso volver á ver la familia real y sus hijos, y vino á habitar algun tiempo la casa que se la habia prevenido, no lejos del palacio de Holy Rood. Esta entrevista fué interesante: *Madama* gozó en aquellos últimos momentos de vida privada, una felicidad que la hizo mas penosa la vida política, cuyo peso iba á cargar sobre sí. ¡Su hija era tan noble y tan graciosa! ¡Enrique anunciaba ya un alma tan bella y un corazon tan elevado!

Hablábase un dia delante de él, de un jóven cuya conducta culpable no habia podido encontrar indulgencia sino en Holy Rood. Enrique Dieu-donné, con aquella rectitud de corazon que habia manifestado desde su mas tierna infancia, como ha podido verse en la carta de madama de Gontaut al duque de Riviere; espresaba solo su indignacion de la manera mas viva. «Pero, Enrique, le dijo MADAMA, no olvideis que ese joven ha seguido, sin duda el impulso de sus padres; le condenaríais por haberlos obedecido? Si yo os mandase una accion que os pareciese contraria al honor y al deber, me desobedeceríais?

Enrique Dieu-donné lanzó una mirada firme y decidida sobre la duquesa de Berry, y la respondió sin vacilar: «Sí, madre mia.»

El joven príncipe habia continuado en Holy Rood el curso de sus estudios. M. de Barande, hombre de inteligencia y sabiduría, y antiguo alumno de esa escuela Polytécnica que ha formado tantos personajes célebres, seguia con una viva solicitud su educacion. El baron de Damas, que habia sucedido al duque de Riviere en las funciones de ayo, y que aplicaba el plan de su antecesor con una religiosa exactitud, desempeñaba con esmero la importante mision que se le habia confiado. El físico y la moral de Enrique se desarrollaban al mismo tiempo. A fin de excitar su emulacion, se le habian dado por compañeros de juegos y de estudios los tres hijos del duque de Guiche y el del conde de Brissac; además todos los dias se admitian á sus lecciones personas estrañas, y aun algunas de las que habitaban el pais. No habia francés que hiciese el peregrinaje de Holy Rood, que no fuese invitado á asistir á las lecciones del joven príncipe.

Entre estos visitantes de la dignidad real desgraciada, se observó al vizconde de Conny, á quien admiró estraordinariamente la acogida de Enrique Dieu-donné. El encontró que el destierro, este gran maestro de los niños ilustres, habia desarrollado de un modo rápido el corazon y el espíritu del nieto de Enrique IV. A su regreso, refirió con aquel calor de alma y de palabras, que le son propias, su entrevista con el joven príncipe.

«Se le habia anunciado, dice, que unos franceses, tenian deseos de verle; mis dos hijos me acompañaban. Corrió á nuestro encuentro, y nos dió la mano con una gracia encantadora. *Oh! vosotros venis de Francia, y bien pronto volveréis á ella, nos dijo; qué felicidad es el vivir en Francia!* «Todos sus recuerdos, todos sus pensamientos son de la Francia, y en



sus estudios, como en sus juegos, siempre es el nombre de Francia el que se encuentra en sus labios. Las dos circunstancias que Enrique tuvo mas complacencia en recordar, fueron una visita á la escuela de Saint Cyr y á la artillería de Vincennes. Sabia una multitud de nombres de los alumnos de Saint Cyr; mi hijo habia tenido el honor de pertenecer á aquella escuela, y el príncipe permaneció dos horas enteras, refrescando con él todos los recuerdos de aquel hermoso batallón de Saint Cyr, que pocos dias despues de su visita, habia encontrado en Saint Cloud, marchando á la defensa del trono. En sus estudios de dibujo se observaba tambien el pensamiento que domina su alma por entero; siempre son imágenes de su país las que su lapicero se complace en representar; despues cabezas de soldados, caballos, armaduras, artillería, batallas. *Yo os daré, me dijo, uno de mis dibujos; es un granadero de la guardia. Ah! que hermosos eran estos granaderos! Ellos me amaban, y yo tambien los queria.* Despues me citaba con vivacidad todos los regimientos de la guardia, los nombres de los gefes, de los oficiales, y de una infinidad de soldados. Otra vez me preguntó si habia visitado el arsenal de Londres. Respondíle afirmativamente, añadiendo que habia visto en él con sentimiento dos cañones franceses.— *Cañones franceses?—Si, monseñor, dos cañones que nos fueron tomados en una antigua batalla.— Ah! yo no quiero verlos; ya no iré al arsenal de Londres. Pero si hubiese guerra, y los ingleses tragesen nuestros cañones al campo de batalla, nosotros los recobraríamos; no es cierto que los recobraríamos?»*

La duquesa de Berry se complacia en ver aquella infancia viva y llena de energía, que, sin ofrecer nada de aquellos refinamientos precoces que gastan el porvenir por adornar lo presente, se dirigia á lo

bello y verdadero por todos los caminos. Enrique Dieu-donné no era hombre, antes de la edad, pero se conocia que la familia real nada tendria que desear, si, en él el hombre cumplia lo que prometia el niño.

El nombre del príncipe se habia hecho popular en Escocia; he aqui el motivo. Los arqueros de Edimburgo, algunos dias despues de la llegada de la familia real, manifestaron el deseo de que el joven heredero de la casa de Borbon asistiese á sus ejercicios. Enrique encontró al dia señalado, la compañía entera en gran parada; un arco, flechas, un brazal y guantes habian sido preparados para él. Los primeros tiros no fueron felices, pero bien pronto acertó al blanco en dos ocasiones, en medio de las aclamaciones de los concurrentes. En el momento de separarse de ellos, Enrique se volvió hácia el comandante, y le preguntó si queria un arquero mas en su compañía, y en seguida inscribió su nombre, de su mismo puño, en la lista de los arqueros de Edimburgo. Algun tiempo despues, el joven príncipe hizo una correría bastante larga en las montañas de Escocia. Al momento que se divulgó la noticia de su llegada, una numerosa diputacion se presentó invitándole á dirigirse á una asamblea en que se hallaban los mas ilustres representantes de la antigua nobleza de Escocia, los d'Argile, los Montrose, los Campbell, los Hamilton. Allí se le concedió unánimemente el título de gefe escocés, y se le entregaron las insignias de tal. Los gefes de esta nacion guerrera, que habia suministrado en otros tiempos guardias fieles al poder de nuestros reyes, honraban el infortunio de su último vástago.

MADAMA no pudo habitar mucho tiempo en Edimburgo: el clima triste y nebuloso de aquella ciudad, y sus continuas nieblas, alteraron bien pronto su salud. Tuvo, pues, necesidad de ir á pedir á las

aguas de Bath, lo que su querida ciudad de Dieppe le daba en otro tiempo.

La princesa se alojó en una casita, que se componía en todo de seis piezas, y de dos pisos: no llevaba consigo mas que á madama de Bonillé, y era servida por una camarera, y un solo criado, que llamaba riendo su cocinero. A pesar de este título ambicioso, su mesa era mas que frugal; ¿pero qué la importaba aquella habitacion estrecha, aquella mesa mal servida, aquel modesto belon que iluminaba su sala, y la sencillez enteramente particular de aquel interior? *Madama* habia reformado su lujo para no reformar su caridad. Sus pobres continuaban siendo socorridos, su hospital de Rosny no carecia de nada. En todo tiempo su superfluidad habia pertenecido á la indigencia: ahora sacaba lo supérfluo de lo absolutamente necesario.

Por otra parte, *Madama* parecia dominada por algun grave pensamiento que no dejaba ya lugar en su espíritu para sus gustos de elegancia, dulce ocupacion de sus horas vacantes, en dias mas felices, en que no tenia otra mision que llenar que la de presidir fiestas. Cuando en el estrecho salon de la casita de Bath, un círculo poco numeroso se reunia en derredor suyo, era admirable oír salir de su boca aquellas reflexiones rápidas que anuncian un golpe de vista exacto y pronto, tan útil en los grandes negocios. Los que iban de Francia para concertarse con S. A., regresaban entusiasmados de las cualidades que se habian desarrollado en la princesa. Parecia que adivinase lo que no habia aprendido, y la vivacidad de su espíritu estaba el nivel de todas las cuestiones, como la intrepidez natural de su carácter á la altura de todos los peligros.

Se aproximaba el momento en que *Madama* iba

á hacer la prueba de aquella inteligencia y aquel valor que asombraron á todos los que tuvieron el honor de acercarse á ella en Bath. Su partido estaba tomado: iba á tentar la fortuna contra el gobierno establecido en Francia, y á levantar bandera contra bandera. El pensamiento de esta arriesgada expedicion estaba ya irrevocablemente decidido en su espíritu, cuando dejó los puertos de Inglaterra para dirigirse á la península Itálica.

Traducción literal de las composiciones poéticas anunciadas en el libro IV.

#### AL NACIMIENTO DEL DUQUE DE BURDEOS.

«Oh alegría! oh triunfo! oh misterio! Ha nacido el niño glorioso, el angel que prometió á la tierra un mártir al subir al cielo. El oscuro porvenir se descubre: salud á la nueva llama que reanima la antigua antorcha: felicidad á tu primera aurora, oh joven lirio que acaba de abrirse, tierna flor que sale de un sepulcro!»

«Dios es quien le ha dado, el Dios de la luz! La campana balanceada llama nuestros pasos en torno del santuario, como en los dias de reposo. Dios es quien le ha dado, el Dios de la victoria!»

«Entre los antiguos mártires de la gloria, los cañones han tronado como en los dias del combate. Este ruido tan caro á tu oído, unido á las voces de los santos templos, no tiene fuerza para despertarte, oh tú, que duermes en San Dionisio! Levántate! Enrique debe agradarte en el seno de la cuna popular. Acude, oh padre triunfante! embriaga su embudo labio, y ven á ver si tu grande espada pesa en las manos del real infante.»

«Honor al tierno vástago que un día llegará á robustecerse! Enrique, nuevo Jonás salvado por un prodigio, á la sombra del altar crecerá vencedor de la suerte. Un día, con sus virtudes hermoçada nuestra Francia, á sus hermanas como Cornelia, dirá: he ahí mi hijo! ese es nuestro mas bello tesoro.»

«Oh tú; de mi piedad profunda recibe el solemne homenaje, humilde objeto de las miradas del mundo, privado de la mirada paternal; puedas tú, nacido entre la pena, de tu madre y de la Francia consolar el largo dolor! Que el brazo divino te rodee, y pueda, oh Borbon! la corona no ser para tí una desgracia.»

«Sí, sonríe, tierno huérfano, á las lágrimas de tu madre; separa con tus juegos ese velo fúnebre que cubre tu cuna con los colores del féretro. Arroja la oscuridad que nos entristeze aun: sé á nuestros ojos como una aurora; vuelve la luz y la alegría á nuestro cielo enlutado.»

«Embriagado de esperanza, tú rey mismo, consagrando el día en que naces, te impone antes que el santo bautismo, el bautismo del Bearnés. La viuda te ofrece á la huérfana; conducido hácia tí por la heroína, viene tu abuelo con sus blancos cabellos; y la multitud bulliciosa y activa se oprime en ese Louvre, donde en otro tiempo entraba silenciosa y á pasos lentos.»

«Guerreros! pueblo! cantad: Burdeos, levanta la cabeza; ciudad que, la primera en los días de la conquista restituida á las flores de lis, has proclamado tu fé! Y tú, á quien el mártir hubiera guiado á los combates, sal de tu dolor oh Vendeé! un rey nace para la Francia, un soldado nace para tí.»

«Amarrad la nave á la ribera; la viuda quedá entre nosotros, y de su patria adoptiva el cielo le pa-

rece en fin mas dulce. La esperanza á la Francia la encadena: en los campos en que fué cortada la encina, Dios hacer creer una frágil caña: el amor detiene á la humilde paloma: es necesario orar sobre un sepulcro, velar sobre una cuna.»

«Ya no tememos las borrascas, arrostramos el horizonte amenazador: los crímenes que pesaban sobre nuestras cabezas, son rescatados por el inocente. Cuando, en otro tiempo, en la tormenta veian los pilotos la onda espumosa entreabrir su frágil buque, seguros de la eterna clemencia para salvar la nave criminal suspendian de ella una cuna.»=«Victor Hugo.»

ODA DE M. LAMARTINE.

«Ha nacido el hijo del milagro, heredero de la sangre de un mártir; ha nacido de un tardío oráculo; ha nacido de un último suspiro. A los acentos del bronce que truena, la Francia se despierta, y se admira del fruto que ha dado la muerte. Juegos de la suerte! Divinas maravillas! Así florece sobre las ruinas un lirio trasplantado por la tempestad.»

«El viene cuando los pueblos, víctimas del sueño de los que los conducen, vagan por la orilla de los abismos como rebaños sin pastores. Entre lo pasado que se desvanece y el porvenir que se ignora, el hombre nada en un caos; la duda extravía su brújula: el mundo espera una palabra: la tierra necesita un héroe.»

«Valor! así es como ellos nacen: así es como Dios en su bondad los siembra, y aparecen en días de esterilidad. Así en una santa esperanza, cuando la errante tropa de pastores hablaba de un nuevo Moisés,

rompiendo el velo de la noche una estrella misteriosa, los condujo hácia una cuna.»

«Cuna sagrada! frágil esperanza, que una madre tiene en sus brazos, tú tranquilizas ya la Francia! Los milágrs no engañan. Confiada en su delirio á esa cuna ya mi lira abre un porvenir triunfante, y como aquellos reyes de la aurora, un instinto que mi alma desconoce, me inclina á adorar á un niño.»

«Arrojado en la declinacion de las edades, verá el imperio sin fin, salido de tempestades gloriosas, estremercse tambien en su declinacion; mas su cuchilla en el campo de la victoria, la memoria nos recordará de los destinos prometidos á Clovis, en tanto que el trozo de una espada herido de un rayo de gloria brillase en las manos de sus hijos.»

«Sordo á las lecciones afeminadas con que el siglo gusta alimentarlos, él sabrá que los destinos hacen rey para reinar ó morir: que de los antiguos héroes de su raza, la audacia fué el primer título, y el primer trono un pabés; y que en vano grita la humanidad, la sangre derramada por la patria es siempre la púrpura de los reyes.»

«El sabrá que en nuestros dias, para envejecer en el trono de los reyes, es necesario mostrar á los ojos de los hombres las virtudes al lado de los derechos; que sentado en ese supremo escalon, es necesario defenderse á sí mismo en él, como los dioses sobre sus altares, representar en todo su imágen, y hacer adorar la nube que los separa de los mortales.»

«Al pié de este trono secular, donde se sienta otro Nestor, de la tempestad popular murmura aun la onda serena: ese justo á quien contempla el cielo, le mostrará con su ejemplo como, arrojado sobre los escollos, se levanta en la ribera, con los despojos del naufragio, un templo á la inmortalidad!»

### TERCERA PARTE.